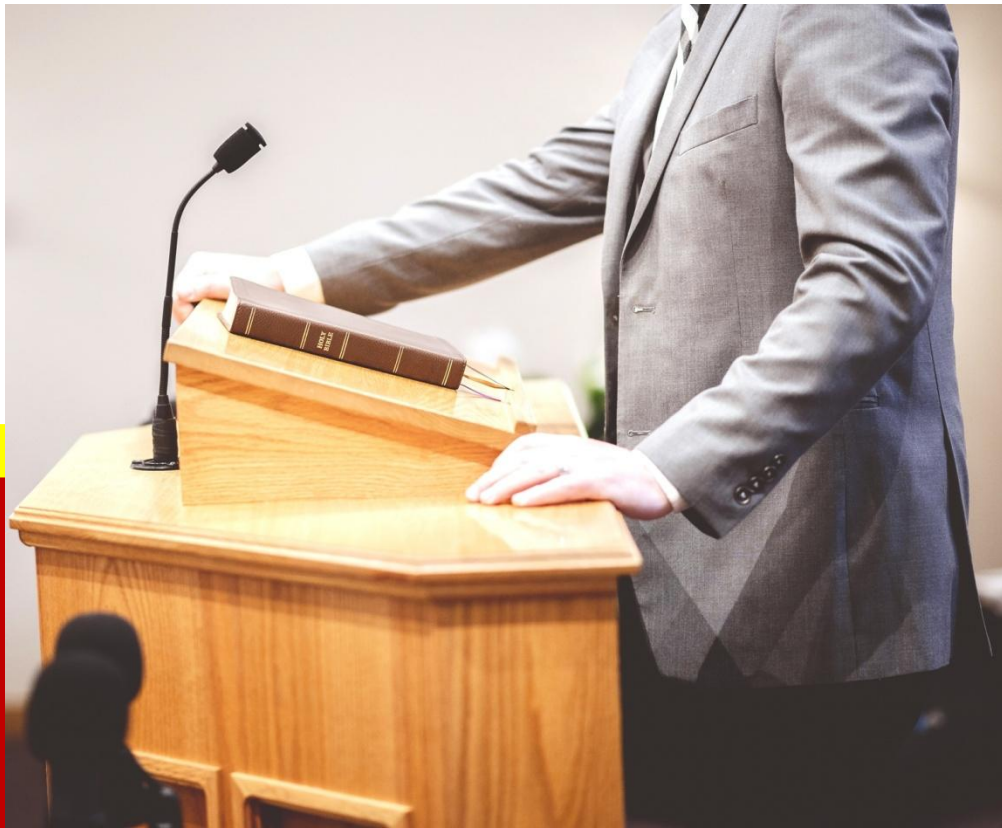


Dirigiendo la *Adoración*



Un servicio desde el corazón

Dirigiendo la Adoración

Jesús Briseño Sánchez

Tonalá, Jalisco - Marzo de 2023

[Visite en internet: Publicaciones Jesús Briseño](#)

EL PROCESO DEL SERVICIO

Moisés nos enseña el proceso del servicio a Dios: *“Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma”* (Deuteronomio 10.12).

La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *“¿Qué espera Dios de ustedes? Simplemente que lo respeten y obedezcan, y que lo amen y adoren con todo su ser”*. Dice Salmos 29.2: *“Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad”*.

El servicio que agrada a Dios, no consiste solamente en realizar eficazmente ciertas actividades. El servicio a Dios incluye a todo el ser del adorador así como a lo que se le ofrece. Como ejemplo, la palabra que aparece en los evangelios, ***korbán***, involucra tanto a la ofrenda como al oferente, no es solo aquello que se acerca a Dios, sino aquella ofrenda que lo acerca a uno a Dios (no hay sinónimo en español).

Pararse al frente de la congregación para dirigirla en algún mandamiento de Dios, no es cualquier cosa. Antes de participar en esto, antes de pararte al frente, asegúrate de respetar a Dios, de cumplir primero tú sus mandamientos, de amarlo verdaderamente, y entonces podrás servirlo *con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas*, pues este es el principal mandamiento (Marcos 12.30).

A fin de cuentas, esto es adorar al Padre en espíritu y en verdad (Juan 4.23-24). Es adorarlo conforme a lo revelado por el Espíritu Santo, no solo en los actos y el servicio, sino desde el corazón. El hermano Rob Harbison ha escrito: *“¿Qué ánimo más grande habría que adorarle a Dios en espíritu y en verdad con los que también lo aman de igual manera?”*

Advertencia. ¿Qué le gustaba a Diótrefes?

*“Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual **le gusta tener el primer lugar** entre ellos, no nos recibe”* (3Juan 1.9).

Debemos mantener siempre presente, que cuando servimos a la iglesia estamos sirviendo a los propósitos de Dios y no a nosotros mismos.

El servicio de adoración a Dios no debe de ser la ocasión para la *competencia* de personalidades y capacidades en el roll de actividades. No se trata de quien habla, canta o viste mejor. No se trata de quien hace más, quien lo hace mejor o quien tiene más influencia o logra más admiración entre la hermandad. El fin último es el agrado de Dios y asegurarnos de que Cristo está entre nosotros (Mateo 18.20).

La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *“le gusta mandar”*. Algunos de nosotros hemos sido encargados de personal, jefes, o incluso gerentes; debemos de cuidar de no tratar o hablarle a la familia de Dios en esos términos.

Incluso a los pastores, Pedro les instruye: *“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”* (1Pedro 5.2-3). ¿Quieres orden? Sé ordenado. ¿Quieres puntualidad? Sé puntual. ¿Quieres ver conocimiento en la hermandad? Sé ejemplo de estudio (1Timoteo 4.12-16). ¿Quieres fraternidad en la iglesia? Sé amable para con todos (2Timoteo 2.24).

Y en cuanto a las formas, Pablo especifica: *“No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza”* (1Timoteo 5.1-2).

El apóstol Pablo escribía, aconsejaba y mandaba acerca de aquellas cosas en las que, primeramente, había sido ejemplo: *“Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos”* (1Tesalonicenses 2.7-8).

Si no amas y respetas a Dios y a su iglesia, no la podrás servir adecuadamente. Habrás avanzado mucho en el servicio a Dios, cuando cuides con ternura del cuerpo de Cristo, y no de ti mismo, de tus propósitos o de tu imagen.

El Ejemplo de Servicio

Cristo mismo nos mostró el camino a la verdadera grandeza: *“Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no*

será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10.42-45).

¿Deseas ser considerado grande? En Cristo tienes el modelo a seguir. No se trata de una grandeza ante los ojos de los hombres, sino ante los ojos de Aquel que ha de darnos el verdadero galardón (Hebreos 11.26).

Jesús no creyó ser demasiado importante como para no lavar los pies a sus mismos discípulos (Juan 13.1-17). Mostró su grandeza al realizar con amor las más sencillas acciones. Cuando nos incomoda que nos asignen una tarea pequeña, no solo evidenciamos un problema de orgullo, sino que minimizamos o menospreciamos ese mandamiento de Dios. A Dios le importan los mandamientos pequeños (Mateo 5.19).

Cierto que cuando un hermano es muy servicial, llega a ganarse una alta estima entre la hermandad, pero cuando esa no es su *búsqueda*, sino un *efecto* de sus actos (1Tesalonicenses 5.13; Hechos 20.37-38).

“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1Juan 3.16). La vida se compone de tiempo. Una de las formas de poner la vida por los hermanos, es dedicar tiempo a aumentar y mejorar nuestro servicio a Dios en las reuniones de la iglesia.

El maestro, como el buen artista, le da a las cosas el tiempo que se merecen (Colosenses 4.5). Dedicar tiempo a hacer oración por dirección, a memorizar textos bíblicos, prepárate para hablar mejor, para cantar mejor, disciplínate para escuchar a los demás, para ser un factor de unidad y de fe, para hacer comentarios que ayuden, sostengan, fortalezcan y hagan avanzar la fe de tus hermanos.

PRINCIPIOS GENERALES

Aún en los casos en los que el cristiano sirve a los hombres, está sirviendo primeramente al Señor: *“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís”* (Colosenses 3.23-24).

Aunque servimos a la iglesia y a cada uno de nuestros hermanos, no debemos de olvidar que el primer destinatario de nuestro servicio es Dios mismo (Mateo 25.40). Cuando asimilemos este principio divino, entonces haremos todas las cosas de corazón, con buena actitud, con alegría, con entusiasmo (no quejándonos, no durmiéndonos, no negligentes). Una excelente actitud es imprescindible para dirigir a la congregación en cada uno de los actos de culto. Cuídela, porque la calidad de la actitud no solo se percibe, sino que es contagiosa.

Y para que exista un grande gozo en aquellos que adoran al Señor, es necesario que exista gratitud: *“Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”* (Hebreos 12.28). (Leer además Hebreos 10.22).

Para un corazón agradecido, siempre será fácil tener una excelente actitud. Si damos gracias a Dios por la salvación, por su comunión, por su Palabra, por nuestro trabajo de predicación y por el reino inconmovible que nos ha dado y confiado, haremos las cosas de corazón y agradaremos a Dios con nuestro servicio y con nuestras personas.

Pero no solamente es necesaria la buena disposición interna, sino que esta se exprese mediante el temor y la reverencia a Dios a la hora de servirlo. En muchas áreas de nuestra vida podemos tener buena actitud, y es bueno, pero en la adoración nos estamos presentando delante del Dios Todopoderoso.

La primera forma en que podemos ser temerosos y reverentes, es al usar las Escrituras: *“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”* (2Timoteo 2.15). Sobre todo en la predicación, pero también en cada acto que dirigimos, debemos de *usar bien* la Palabra de Dios.

El propósito de pararnos al frente con la Biblia en las manos, no es solo para dar una apariencia de autoridad.

El propósito es que nos cercioremos y comprobemos la autorización bíblica para cada acto que llevamos a cabo en nuestras asambleas o reuniones. Está de más decir que esto es un sello distintivo en las iglesias de Cristo (Colosenses 3.17; 1Pedro 4.11).

La Palabra de Dios ha de ser bien leída, con detenimiento, fuerte y claramente. Si se leen mal las Escrituras, ¿podremos aplicarla bien? No es más importante lo que nosotros digamos que lo que dice la Palabra del Señor. Es muy bueno hacer citas de memoria de las Escrituras, pero es muy malo cuando no se hacen exacta y correctamente. Si no recuerda bien el texto, mejor no lo cite (no es indispensable).

Siendo Ordenados

Ordena el apóstol Pablo: *“Pero hágase todo decentemente y con orden”* (1Corintios 14.40).

El temor y la reverencia a Dios se muestran asimismo cuando hacemos todo con decencia y con orden. Y esto por supuesto que incluye a nuestras personas y no solo a los actos mismos. No se trata solo de estar atentos, derechitos y en silencio, sino que abarca varios aspectos más de nuestra conducta.

La preparación. Los judíos cuidaban desde días antes todos los preparativos para sus fiestas y solemnidades.

Nosotros el domingo antes de salir andamos buscando el himnario. Nos toca predicar y en la madrugada andamos dándole a nuestro sermón los últimos retoques. Se nos olvida la corbata o no hay tiempo para el aseo de los zapatos. Hay a quienes se les olvida el bosquejo de su sermón, o ino saben si les toca predicar o no!

Nuestro orden y responsabilidad no comienzan en el horario del culto, sino desde que nos dormimos temprano, para poder estar descansados y con energía para servir a Dios. Hay varones que, por falta de esto, llegan tarde a la reunión, se duermen durante la adoración, o se perciben distraídos o incómodos físicamente. Si esto es evidente a los demás, ¿Cómo lo verá el Señor? Y, más aún, ¿Cómo podemos pararnos al frente y hablar de ser ordenados, de ser responsables, de ser sacrificados?

La presentación. Existen diversos tipos de vestimenta. Principalmente hablamos de vestimenta formal y casual. La vestimenta casual se utiliza al visitar a amigos o familiares, ir al cine, de paseo, o en alguna fiesta infantil.

La vestimenta formal se utiliza en ceremonias formales y eventos significativos. Si vamos a presentar un proyecto de trabajo, o si vamos a solicitar empleo, o si somos invitados por un gobernante, jamás nos vestiríamos casualmente. ¿Por qué? Por tres cosas: Porque queremos agradar a los ojos de los hombres, porque sabemos que la vestimenta sí importa y mucho, y porque cierta vestimenta, ante tales personas, puede ser considerada incluso como indolente. La Biblia habla de este cuidado (Génesis 41.14; Mateo 22.11-12).

Bueno, pues es necesario recordar que el servicio de adoración de la iglesia es un evento formal, es una ceremonia de alta solemnidad, y debemos de vestirnos con lo mejor de nuestras ropas según nuestras posibilidades.

Una buena vestimenta y arreglo personal, aparte de hacernos sentir bien, dicen mucho de nosotros, de nuestra actitud y de nuestras intenciones. Dicen que somos ordenados y responsables. Dicen que respetamos y le damos suma importancia a los asuntos y a las personas. ¿Por qué cree que los políticos, licenciados y ejecutivos se visten muy bien? Pues porque así, no solo demuestran estas cosas, sino que psicológicamente logran inspirar mayor credibilidad y confianza en sus clientes y audiencias.

Es verdad que Dios ve el corazón y que la reverencia comienza en el interior, pero también es verdad que la vestimenta dice mucho de nuestro corazón. Si fuera verdad que solo importa el interior, podríamos vestirnos de la peor manera y no habría problema. ¿Cómo iría usted vestido a una ceremonia importante de sus hijos? ¿Por qué ante el mundo no es suficiente con el corazón? Piense: si podemos mejorar nuestra vestimenta, si así servimos mejor a Dios, y es solamente con el propósito de agradar a Dios ¿qué razón tendría para no hacerlo?

La seguridad. Al hablar a la congregación, en cada uno de los actos, es necesario hacerlo con el volumen, la claridad y la velocidad adecuados. Todos los presentes deben de poder escucharnos y entender bien cada cosa que digamos.

El cuidado del tiempo nos obliga a ser precisos y sobre todo concisos, y evitar el deseo de hacer un sermón en cada participación. Sobre todo en la predicación, pero también en cada acto, deben de evitarse los chistes, los tecnicismos y las muletillas. En la medida de lo posible, se debe evitar mover innecesariamente las manos, procurar pararnos derechos y dirigir la mirada a toda la audiencia. Es muy importante hablar con seguridad los asuntos espirituales.

El nerviosismo al hablar en público es común en todo ser humano, y nunca desaparece. Pero, con el tiempo y la experiencia, puede controlarse en buena medida. Debe de ayudarnos el saber que estamos entre hermanos y personas de confianza.

Asimismo, recordar que no estamos tratando cosas nuestras, sino de Dios, y que deben de expresarse con dignidad. Quien habla las cosas de Dios con seguridad, convence y persuade, y genera mayor confianza. Esforcémonos por avanzar los propósitos de Dios.

Los visitantes. Lo que casi siempre se pasa por alto en las reuniones de la iglesia, es la presencia de visitantes. Cuando mucho, llega a agradecerse su visita, pero es necesario hacer mucho más que esto. Saludarlos, preguntarle su nombre y prestarle una Biblia e himnario, debiera de ser lo menos. Alguien debería encargarse de ayudarlo a buscar los textos o cantos.

Y en cuanto a cada acto de adoración, el que lo dirige debiera de tomar en cuenta su presencia, para hablar con mayor sencillez, para explicar mejor y bíblicamente lo que se está haciendo y, sobre todo el predicador y el encargado de la despedida, no perder la oportunidad de referirse al evangelio de Cristo. Es muy conveniente invitarlo a asistir a las siguientes reuniones de la iglesia y, si fuera posible, alguien debiera tomar sus datos de contacto.

No está de más mencionar que siempre, pero sobre todo ante visitantes, debemos de esforzarnos por hacer comentarios provechosos y prudentes: *“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”* (Efesios 4.29). Si el visitante sale con ganas de volver la próxima semana, habremos hecho una buena labor.

LOS ANUNCIOS

Por anuncios nos referimos a lo que se dice antes de comenzar el culto y en la despedida. Si bien no son en sí mismos actos de adoración mencionados en las Escrituras, es conveniente hacerlos a fin de tener mayor orden durante las asambleas de la iglesia. 1Corintios 14.40 nos sigue dando el principio general a seguir.

Algo que es evidente, es que el hermano encargado de la introducción marca la pauta a seguir en cuanto al ánimo de los participantes y, en general, de los presentes. Si comienza hablando en voz baja y lenta, como desganado, el siguiente hermano hablará igual. Por ello debe cuidar de hacerlo con entusiasmo y energía, para que los demás participantes sigan su tono.

El trabajo del hermano introductor no es menor ni debe de tomarse a la ligera. Dirige a la congregación a la vez que modera los comentarios y da información importante.

Comienza siempre saludando a la audiencia con bendiciones y expresa la gratitud congregacional por el privilegio de poder adorar a Dios. Llama al orden, a tomar nuestras biblias e himnarios, a apagar dispositivos electrónicos que puedan distraer a la audiencia y a prestar la debida atención a cada acto de adoración. Por cierto, debemos de evitar referirnos a la reunión como “culto de adoración”, pues ambas palabras tienen el mismo significado.

Es el encargado de dar la bienvenida a los visitantes, y ya vimos la importancia de esto. Debiera de saber el nombre del visitante para darle las gracias y mostrar nuestro agrado por su visita. Es lo más idóneo, que él sea el que explique al visitante: por qué estamos reunidos, para qué, la relevancia que tiene nuestra asamblea y lo que él puede esperar o recibir de ella.

Como todos los participantes, debe de ser un factor de atención, no de distracción. La audiencia ya trae suficientes motivos para distraerse. Debe de evitar referirse demasiado al clima, al ruido externo o a circunstancias intrascendentes, porque esto puede convertirse en lo que llame la atención en toda la reunión.

Si tiene que dar un informe importante para la congregación, o si debe de anunciar algún fallecimiento, o alguna serie de predicaciones en otra congregación, o cosas por el estilo, debe de recoger y ordenar todos los datos importantes antes de darlos a conocer públicamente.

Por esto, conviene que el encargado de ‘hacer el orden’ o designar las actividades y recoger los datos, sea el mismo que preside la introducción y la despedida, para que entienda sus propios apuntes.

Es conveniente que antes de comenzar la reunión, y en la medida de lo posible, anote las peticiones de oración por los enfermos, los anuncios de hermanos de viaje, ausencias, cumpleaños, etc. Esto con el fin de que no se alargue más el tiempo de la despedida. No le debe de dar pena preguntar a los hermanos, causa más pena hacerlo durante la despedida.

Durante el culto, debiera de ser el más indicado de estar al tanto del orden de los participantes, para auxiliar en caso de alguna confusión o error.

En la despedida, agradecer por la elaboración y exposición del sermón, enfatizar brevemente alguna parte o incluso hacer alguna aclaración muy necesaria, pero evitar a toda costa hacer una segunda versión del sermón.

Es importante que hable directamente a la audiencia, no mirando hacia abajo, tanto por educación como por si alguien tiene algo que decir. Si alguien levanta la mano y expresa un comentario o anuncio, es necesario responder a él brevemente, sin iniciar una charla o intercambio innecesario.

Si debe dar un comunicado de algún acuerdo de los varones, sea conciso. Se supone que el asunto ya se trató y decidió, y solo resta hacer el anuncio público. Si alguna hermana tiene alguna duda, puede preguntar a cualquier varón.

Si la iglesia tiene un plan de trabajo entre semana (clase bíblica, evangelismo, serie de predicaciones, etc.), recuerde las actividades, día, lugar, horario, e invite a todos a participar.

Si no hay plan específico, de todas formas recuérdese el llamado del Señor: *“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”* (Hebreos 10.24-25).

LA ORACIÓN

Así dicen las Escrituras: *“Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; Pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal”* (1Pedro 3.12). *“La oración eficaz del justo puede mucho”* (Santiago 5.16).

La oración es el ejercicio de un privilegio concedido por Dios a sus santos. Es la forma que Dios ha señalado para que sus hijos se comuniquen directamente con él. A su vez, es la oración ferviente a Dios el estado de máxima elevación de nuestra alma.

Orar es un mandamiento: *“Orad sin cesar”* (1Tesalonicenses 5.17). Es parte de la exhortación apostólica: *“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres”* (1Timoteo 2.1).

En sus reuniones, la iglesia en Jerusalén perseveraba en las oraciones: *“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”* (Hechos 2.42 - ver también Hechos 12.5).

El cristiano, sea individual o congregacionalmente, ora sin cesar, es *“constante en la oración”* (Romanos 12.12). Jesús enseña sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar (Lucas 18.1), y vaya que nos dejó suficiente ejemplo de ello: *“En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios”* (Lucas 6.12). Por lo tanto *“Perseverad en la oración”* (Colosenses 4.2).

Partes de la Oración

La oración puede dividirse principalmente en cuatro partes: alabanza, agradecimiento por las bendiciones, peticiones especiales y doxología. En la oración modelo de Jesús (Mateo 6.9-13) vemos algunos de estos elementos:

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”. La oración sirve de ocasión para exaltar a Dios y darle alabanza, reverencia y gloria. Recuérdese el salmo: *“Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad”* (Salmos 29.2).

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. Durante el ministerio de Jesús el asunto más importante por qué pedir era el establecimiento de la iglesia.

Hoy en día, nuestras peticiones comienzan con los asuntos espirituales de su reino, la iglesia de Cristo. Pedimos por la obra de la iglesia, por su cuidado y sustento, por la unidad y por dirección espiritual. A la vez que pedimos que se haga la voluntad de Dios, la hacemos en nuestras vidas, en nuestras actividades y en nuestras relaciones.

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. Después de las peticiones espirituales, pedimos también por las cosas necesarias para la vida. Si es preciso pedir, lo hacemos primero por las necesidades de los demás. Pedimos por su sustento, por sus estudios, trabajos, salud y bienestar general (Santiago 5.16).

“Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Oramos por nuestro bienestar espiritual, comenzando con el perdón de los pecados. Esta petición no debe de realizarse al dirigir a la congregación en la oración, pues sería necesario estar seguros del arrepentimiento de todos. Con todo, si un hermano está arrepentido y desea que se pida por él, puede hacerse: *“Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida”* (1Juan 5.16).

“Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”. Una doxología es una breve fórmula o exclamación en la que se ensalza alguna cualidad de Dios Padre, de Jesucristo, o de la Trinidad. Es frecuente su uso en las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

De igual manera, la oración debe de contar con la gratitud: *“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”* (Colosenses 3.17). Después de la alabanza y antes de las peticiones, sería un buen lugar para agradecer las bendiciones recibidas.

Directrices de la Oración

La oración ordenada por Dios, y que le agrada, tiene sus instrucciones.

En primer lugar, va dirigida exclusivamente al Padre (Mateo 6.9; Lucas 11.2). Se hace en el nombre de Jesucristo: *“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”* (Juan 14.13 - ver también Juan 16.26). El Espíritu Santo nos ayuda en la oración (Romanos 8.26).

La oración de los creyentes es tan importante que participan las tres personas divinas.

Se debe de pedir por todos los santos (Efesios 6.18), por los predicadores y su obra (Colosenses 4.2-4), por los gobernantes (1Timoteo 2.2), por los que nos hacen mal (Mateo 5.44), y por todos los hombres (1Timoteo 2.1).

Aunque la oración va dirigida a Dios y debe de hacerse con toda reverencia, cuando se dirige a la congregación en la oración, también debe de hacerse con claridad y buen volumen, para que los demás puedan decir el amén a lo que hemos dicho.

Debe notarse si hay visitantes para orar por ellos y sus vidas. Asimismo, el encargado de las oraciones debe de estar atento a alguna petición de oración, o por hermanos que van a viajar, por hermanos enfermos o que tienen algún evento importante. Sin embargo, se debe de evitar convertir la oración en un sermón.

De igual manera, Dios nos habla de algunas cosas que no deben de hacerse: Orar para ser vistos de los hombres (Mateo 6.5), usar vanas repeticiones (Mateo 6.7), orar para informarle a Dios de nuestras necesidades (Mateo 6.8).

No se debe de orar dudando: *“Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra”* (Santiago 1.6). Si somos justos y tenemos la convicción de que Dios nos oye, no hay lugar para maravillarnos por sus respuestas (Hechos 4.31).

No debe de pedirse sobre cosas superfluas o para darle un uso egoísta a lo recibido: *“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites”* (Santiago 4.3).

La oración es un asunto entre Dios y sus hijos. No hay autoridad bíblica, ni alguna necesidad, de orar por medio de objetos, imágenes, sacerdotes especiales o líderes carismáticos. Jesucristo es nuestro único y eficaz sacerdote (Hebreos 4.14-16).

Ya que con su sacrificio Jesucristo nos ha dado entrada al Lugar Santísimo (Hebreos 10.19), de la misma manera la oración es el ejercicio de la comunión plena entre las personas de la Deidad y el verdadero adorador: *“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”* (Juan 14.23).

LOS HIMNOS

La alabanza congregacional a Dios es un mandamiento apostólico: *“hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”* (Efesios 5.19). Así como el mundo tiene su música y las denominaciones sus instrumentos, los cristianos tenemos el corazón como el instrumento elegido por Dios para alabarlo según el Nuevo Testamento.

Aunque cantamos al Señor, el canto tiene varios beneficios espirituales para nosotros: *“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales”* (Colosenses 3.16).

Por medio de los cantos espirituales, basados en la sabiduría de Dios, nos enseñamos y nos exhortamos unos a otros, haciendo que la Palabra de Cristo more en abundancia en nosotros. Gracias al canto recibimos ánimo, consuelo, fuerzas, edificación, amonestación y corrección para nuestra vida. Tal vez nuestra voz no sea muy agraciada, pero cuando se cumplen los propósitos de Dios, él ve gracia en nuestros corazones.

El canto de los cristianos a Dios, puede llamar la atención de los cautivos por el pecado: *“Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían”* (Hechos 16.25). Me pregunto: ¿qué pensarían los presos al oír cantar a los hermanos? Se dice que cuando los cristianos eran conducidos a la muerte en espectáculo público, iban cantando himnos a Dios. Cuando el mundo llora, se queja o se angustia, el canto de los cristianos a su Dios da un tremendo testimonio de su fe, de su gozo y de su esperanza.

Por todas estas importantes razones, nuestro canto, además de ser hecho con todo el corazón, también debe de ser con todo el entendimiento; no se trata solo de cantar por cantar, sino de meditar en la letra de los himnos y edificar nuestra mente y alma. Continuando con el principio de 1Corintios 14.40, *“hágase todo decentemente y con orden”*, es necesario que alguien sea el encargado de seleccionar los himnos y dirigir el canto congregacional.

Nuestro entendimiento también debe de estar bien despierto porque, como enseñamos por medio del canto, debemos de cerciorarnos de que la enseñanza del himno sea correcta.

Como la mayoría de los himnos no están escritos por hermanos en la fe, algunos contienen falsa doctrina. Es responsabilidad de quien dirige los cantos asegurarse de esto.

Asimismo, debe de seleccionar los himnos de acuerdo al tema de la predicación. No está mal preguntarle al predicador acerca de su tema y propósitos de la enseñanza. Es conveniente que los primeros himnos sean de alabanza, uno de exhortación después del sermón y uno concerniente al sacrificio de Cristo previo a la cena del Señor. Esto sería coordinar eficazmente los cantos reforzando la enseñanza y la asimilación de los actos de adoración.

Principios Generales

Exhorta el apóstol Pablo: *“En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor”* (Romanos 12.11).

Invierta tiempo en prepararse para hacer un buen trabajo, uno que glorifique al Señor. Se requiere conocer bien el himnario. Familiarizarse con los himnos, con el índice de títulos y el de materias o temas. Escuche grabaciones y practique los himnos en voz alta. No estaría de más tomar un curso o estudiar un libro acerca de las notas musicales.

¿Ignora si la congregación conoce algún himno determinado? Pregunte antes, no al momento de pasar al frente. ¿Se le olvidó la melodía? No pregunte, mejor seleccione otro himno.

Al dirigir a la congregación, mencione dos veces el número del himno y hágalo con claridad y buen volumen. Dé tiempo a todos de buscar el himno seleccionado para que se cante al unísono y no se cause confusión y desorden.

Cuide su presentación, párese bien y hable y cante con entusiasmo. En cuanto al canto, al ánimo, y al volumen, usted es quien debe de dirigir a la congregación. Al cantar, debe de ser capaz de escuchar su voz así como la de los demás. Concrétese a su trabajo de dirigir los cantos; no es el momento oportuno de hacer exhortaciones, recordar anécdotas, dar clases de música, etc.

Así dicen las Santas Escrituras: *“Te alabaré, oh Jehová Dios mío, con todo mi corazón, y glorificaré tu nombre para siempre”* (Salmo 86.12).

LA CENA DEL SEÑOR

Así dice el apóstol Pablo: *“Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga”* (1Corintios 11.23-26).

Las iglesias de Cristo desde su etapa primitiva, ya conmemoraban el sacrificio de Cristo, pero, en el caso de la iglesia en Corinto, no lo estaban haciendo correctamente. Ellos habían convertido esta cena en un acto carnal, además de añadirle diversos excesos. Vemos que no todo acto de *comer y beber* puede ser calificado como *“cena del Señor”*, sino que debe de llevarse a cabo según las instrucciones de Dios.

Al condenar Pablo la práctica de los corintios y al exponer el verdadero sentido espiritual de este mandamiento, apela a la autoridad de Jesucristo, quien instituyó este mandamiento y quien inspiró a Pablo acerca de él. No son sugerencias que surjan del gusto personal de Pablo.

La Biblia se refiere a este mandamiento como *“la cena del Señor”* (1Corintios 11.20), *“la mesa del Señor”* (1Corintios 10.21) o *“el partimiento del pan”* (Hechos 2.42). Conviene al dirigir todo acto de adoración utilizar los términos bíblicos.

La cena del Señor no es un sacramento, ni suceden milagros o eventos sobrenaturales al realizarla. Según las sencillas palabras de Dios que la definen, es un memorial, un recordatorio, o conmemoración; es decir, un acto solemne por medio del cual se hace memoria del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Al realizar este memorial, la iglesia de Cristo anuncia al mundo la muerte del Señor y todas las grandes y eternas bendiciones que se desprenden de ese hecho histórico. Dice acertadamente nuestro hermano Rob Harbison: *“La cena del Señor es el memorial más grande que hay conmemorando el evento más sobresaliente del mundo”*.

La cena del Señor es un acto de adoración muy instructivo en cuanto a la interpretación bíblica y el concepto bíblico de la autoridad.

Por ejemplo, cuando el Señor dice *“esto es mi cuerpo... esto es mi sangre”*, no lo dice literalmente, pues él estaba físicamente con los discípulos al expresarlo. Ellos no creyeron que estaban comiendo a Cristo, lo cual sería absurdo y, además, prohibido. Jesús utiliza la **metáfora**, figura de lenguaje que consiste en decir que una cosa representa o simboliza a otra. El pan representa, es un elemento que nos sirve para recordar el cuerpo de Cristo, y el jugo de uva hace lo propio con su sangre. Cuando Jesús enseñó que él era la vid, su Padre el labrador y sus discípulos los pámpanos, no hablaba literalmente, sino que era una metáfora con profunda enseñanza espiritual.

Asimismo, cuando Jesús dice *“esta copa es el Nuevo Pacto”*, no se refiere al recipiente, sino a su contenido. Esta figura se llama **metonimia**, y consiste en llamar a una cosa por el nombre de otra. La copa *“es mi sangre”* dice el Señor (Mateo 26.27-28), la copa se bendice (1Corintios 10.16), la copa se reparte (Lucas 22.17), y la copa se bebe (1Corintios 11.25-26). La copa pues, es el jugo de la vid.

En cuanto a lo autorizado por Dios. La cena del Señor se toma *“como iglesia”* (1Corintios 11.18; Hechos 20.7 *‘reunidos’*), es decir en asamblea. No hay ejemplo de participar de este mandamiento individualmente. Mucho menos es aprobada la práctica de *‘llevar la cena al enfermo’*; si alguno, por causa de fuerza mayor, no puede asistir a la reunión de la iglesia, Dios no se lo demanda. (Y, si se lo demandara, también lo haría con la colecta, los cantos, etc.).

Este acto es un mandamiento directo: *“haced esto en memoria de mí”* (Lucas 22.9). Se hace el domingo, primer día de la semana, por ejemplo apostólico: *“El primer día de la semana, reunidos los discípulos...”* (Hechos 20.7). Y por medio de la inferencia necesaria se determina la frecuencia de hacerlo cada primer día de la semana.

Es conveniente conocer un poco acerca de algunas falsas doctrinas sobre la cena del Señor. Por ejemplo la de la transustanciación, de origen católica y la de la consubstanciación, luterana. (Busque información acerca de estas y otras doctrinas).

Jesús oró tanto por el pan como por el vino: *“Y habiendo tomado la copa, dio gracias... Y tomó el pan y dio gracias...”* (Lucas 22.17,19). No hay razón para *‘ahorrar tiempo’* haciendo una sola oración.

Así como Lucas dice que Jesús *“tomó el pan y dio gracias”* (22.19), Mateo dice que *“tomó Jesús el pan, y bendijo”* (26.26); dar gracias y bendecir es una sola cosa (véase otro ejemplo similar en Juan 6.11 con Mateo 14.19). Debemos de *bendecir* (gr. **eulogeo**) el pan *dando gracias por él*. Eso fue lo que Jesús hizo y es lo que se nos manda hacer; igualmente con la copa (1Corintios 10.16).

Así como no se habla de otros temas, tampoco es el momento para orar y agradecer por muchas otras cosas.

Participar de la cena del Señor *indignamente* (1Corintios 11.27-29), trata sobre hacerlo como si fuera una comida común o sin discernir el cuerpo de Cristo. Cada quien debe de examinarse a sí mismo en esto. No trata sobre si la persona es digna de tomarla (en tal caso ninguno seríamos dignos).

Hay hermanos que deciden no participar por no creerse dignos; pero al hacerlo, no solo muestran su ignorancia y desobedecen un mandamiento más, sino que muestran incongruencia, pues tampoco debieran de cantar o de ofrendar.

Principios generales

A los visitantes se les enseña que es un mandamiento para creyentes, pero si deciden participar, no es indispensable impedirselo, pero sí instruirles.

Cuide de no utilizar textos que pudieran generar confusión, a menos que sea capaz de poder explicarlos. Por ejemplo, Juan 6.53-56 habla de *comer la carne y beber la sangre* de Cristo, pero no se refieren a la cena del Señor, sino a beneficiarse de la muerte de Cristo aceptando su sacrificio y obedeciendo su evangelio.

Asimismo, tenga presente que la cena del Señor no es una continuación, ni una substitución de la pascua judía. A pesar de ciertas similitudes o coincidencias, son dos mandamientos distintos, pertenecientes a leyes distintas y con propósitos y objetivos distintos.

Al decir palabras alusivas a la muerte de Cristo o a la naturaleza de la conmemoración, se debe de evitar la tentación de dar un sermón. No es necesario un bosquejo mental ni tampoco frases muy elaboradas al respecto. Es suficiente con hacerlo correctamente, discerniendo el cuerpo y la sangre de Cristo (1Corintios 11.29), y *decentemente y con orden* (1Corintios 14.40).

Asimismo, cuidar no meterse en complejidades innecesarias. Si no domina ciertos términos o cuestiones doctrinales, no los toque; ya habrá espacio y tiempo adecuados para tratar esos temas.

Es necesario estar bien concentrado, para no decir unas cosas por otras, para no complicarse demasiado, para no olvidar alguna oración, para no omitir a algún hermano, para sostener los elementos con seguridad y para orar correctamente.

LA COLECTA

Así dice el apóstol Pablo: *“En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas”* (1Corintios 16.1-2).

En cuanto a la ofrenda. La mayoría de las versiones de la Biblia, incluso la mayoría de las revisiones de la versión Reina-Valera, prefieren la palabra colecta. El vocablo griego es **logia**. Según el Diccionario Vine: *“relacionado con lego, recoger”*, Thayer dice: *“una colecta”*, Strong dice: *“contribución”*. Según el significado de las palabras españolas colecta y ofrenda, es más adecuada la primera.

Para los santos. Si leemos la Biblia con cuidado y nos quedamos con sus palabras, la colecta que lleva a cabo la iglesia local es *“para los santos”*, para las necesidades de los hermanos. Cada iglesia local tiene una obra encomendada por Dios, y que consta de tres partes: evangelismo, edificación y benevolencia. Requiere fondos para llevar a cabo su obra, y tiene la colecta ordenada por Dios para conseguir esos recursos. La iglesia no recauda dinero por medio de ventas, rifas, eventos sociales, etc.

Haced vosotros. La recaudación de ofrendas es un mandamiento apostólico. Lo que el apóstol había ordenado a las iglesias de Galacia, ahora manda que se haga en Corinto. La palabra griega para *ordené* no es **tasso**, que significa poner en orden, o disponer (como en Romanos 13.1 *establecidas*), sino **diatasso**, intensificado por la partícula **dia**. Esta palabra significa ordenar más bien en el sentido de mandar, como en 1Corintios 7.17 (*ordeno*); Tito 1.5 (*mandé*); Hechos 18.2 (*mandado*).

Cada primer día de la semana. Esta frase prueba que las iglesias del primer siglo se reunían cada domingo para llevar a cabo actos específicos de adoración. La colecta para los santos y la cena del Señor, son mandamientos de Dios que cuentan con un día determinado para ser observados por los cristianos (Hechos 20.7).

Según haya prosperado. En el Antiguo Testamento los judíos habían recibido el mandato de entregar el diezmo (diez por ciento) de sus cosechas para la manutención de los sacerdotes levitas. En el Nuevo Testamento, el mandamiento es dar conforme a lo que hayamos prosperado. Cada quien debe de dar alegremente y como propone en su corazón (2Corintios 9.7).

No existe, pues, ejemplo alguno en la Biblia de iglesias de Cristo realizando colectas en otro día, ni diezmando, ni realizando ofrendas especiales, ni ayudando a inconversos con la ofrenda.

Al dirigir a la iglesia en el acto de la colecta, es necesario recordar con frecuencia estos puntos principales: 1.- Que es para la obra de la iglesia local. 2.- Que es un mandamiento de Dios. 3.- Que es cada primer día de la semana. 4.- Que es conforme se haya prosperado.

Cuando la colecta se dedica a apoyar la predicación del evangelio, se considera sacrificio aceptable y agradable a Dios: *“Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios”* (Filipenses 4.18). La única ocasión que se habla en el Nuevo Testamento de *olor fragante*, es aquí y con referencia al sacrificio de Cristo (Efesios 5.2). La ofrenda llega primeramente a Dios.

Una ofrenda generosa solamente puede venir de aquellos que pertenecen a Dios: *“Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios”* (2Corintios 8.1-5). Participar de la colecta ha de considerarse un privilegio.

Existe comunión entre la iglesia que envía la ayuda y quien la recibe (Filipenses 1.5). La iglesia que apoya a un evangelista, participa con él en su obra (Filipenses 1.7). En Romanos 15.26 el vocablo ***koinonia*** (comunión) es traducido como ofrenda. Es pues la colecta expresión de comunión entre los santos.

La administración del dinero de la iglesia ha de ser con sumo cuidado, con responsabilidad y transparencia: *“evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos, procurando hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres”* (2Corintios 8.20-21). Todos los miembros de la iglesia deben de estar bien informados sobre el estado de sus finanzas y la inversión de cada peso. Esta claridad ha de promoverse, cuidarse y recalcarse públicamente.

La generosidad demanda una preparación de antemano: *“Por tanto, tuve por necesario exhortar a los hermanos que fuesen primero a vosotros y preparasen primero vuestra generosidad antes prometida, para que esté lista como de generosidad, y no como de exigencia nuestra”* (2Corintios 9.5).

La colecta consigue varios efectos espirituales: *“Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros”* (2Corintios 9.12-14).

1.- Se cubre la necesidad de los santos. 2.- Quienes reciben la ayuda, dan acciones de gracias a Dios. 3.- Reconocen en los que ofrendan una fe genuina. 4.- Se estrecha la comunión y el amor entre quienes ofrendan y quien recibe.

Estos beneficios espirituales, y otros similares, no solo debemos de saberlos y de tenerlos presentes, sino recordarlos continuamente a la congregación. En la oración por la ofrenda se deben de enfatizar estas cosas importantes.

VARIOS PENSAMIENTOS: No fue casualidad que Jesús observara la ofrenda de la viuda pobre. Conociendo sus posibilidades, Jesús permitió que ella se sacrificara en su servicio (Marcos 12.41-44; Lucas 21.1-4). En cada acción que realizamos para Dios, debemos de buscar el agrado de Dios. El Señor tiene la facultad de ver con agrado o con desagrado lo que el hombre le ofrece (Génesis 4.4-5). Lo que el hombre le ofrece a Dios debe de costarle (1Crónicas 21.24). El dador generoso siente alegría porque sabe que nada le hará falta (2Corintios 9.7-8; Salmos 23.1), y Dios le ama. La ofrenda es una demostración de amor (2Corintios 8.24).

Principios generales

Se debe de cuidar no citar textos que hablen o traten sobre el diezmo, pues puede generar confusión principalmente si hay visitantes. Si se citan, explíquese muy bien la distinción entre el mandamiento del Antiguo Testamento y el del Nuevo.

Es bueno estimular a los miembros de la iglesia acerca de la generosidad: *“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras”* (Hebreos 10.24; ver 1Timoteo 6.18).